

Uruguay va a tener que soportar aún una larga penitencia: Eduardo Galeano

José Fajardo/corresponsal

—Algunos entienden que es resignación el hablar de plazos largos, sobre todo personas como tú que plantean un proceso de cambio radical para su país y para todos aquellos que tienen sistemas adversos a la democracia. Consideran que debías plantear acciones mucho más mediatas frente a esa situación.

—Yo creo, al contrario, que la humildad y la paciencia no son parientes de la resignación; son las únicas formas posibles de compromiso con la historia y con la realidad. Lo otro es novelaría pura, y dura muy poco. Los que creen que la revolución es un pic-nic se incorporan por un rato y después son de desaliento fácil. Ahora el mundo entero está viviendo la etapa del dulce encanto de la desesperanza. Es gente que creyó que ésta pelea era fácil, y no es fácil; que ésta

pelea era corta, y no es corta, es larga y difícil. Pero vale la pena.

—Eduardo, también dicen que escribir no es revolucionario, que la literatura puede interpretar la realidad pero no puede transformarla.

—Los libros no cambian el mundo, pero sí desencadenan procesos de creación y cambio. Al interpretar la realidad, al redescubrirla, la literatura puede ayudar a conocerla. Y conocerla es el primer paso necesario para cambiarla. No hay experiencia de cambio social y política que no se desarrolle a partir de una profundización de la conciencia de la realidad. Al contar lo que somos, nos ayudan a ser. ¿por qué? ¿cómo va a convertirse en protagonista de la historia, en lugar de padecerla, un pueblo que ignora su iden-

idad?

Galeano agrega que la literatura más política, o más profundamente comprometida con los procesos políticos de cambio, puede ser la que menos necesita nombrar la política; de la misma manera que la más cruda violencia social no necesariamente se manifiesta a través de bombas y balazos. Considera el autor de *Las venas abiertas* que el escritor no cumple una misión civilizadora, porque "cualquiera que escribe, publica y se consigue algún lector que no sea de la familia, ya se siente elegido; los escritores provenimos de una minoría, y escribimos para ella, aunque nos anime la intención y la esperanza de comunicarnos con todos los demás".

Tampoco está de acuerdo con quienes dicen que la gran tarea de la nueva literatura latinoamericana consiste en la invención de un lenguaje:

—Son los especialistas en confundir la cáscara con el fruto quienes nos dicen: "Es la revolución del lenguaje; el lenguaje es el verdadero protagonista de la nueva novela latinoamericana". Pero el lenguaje es el instrumento, no la melodía; y los verdaderos protagonistas de la nueva narrativa latinoamericana no son los pronombres y los adjetivos sino hombres y mujeres de carne y hueso. No será a través de una revolución de la sintaxis que se devolverá a la palabra la dignidad perdida. La reducción de la literatura a la pura pirotecnia revela, en el plano estético, un culto por las formas equivalente al que en el campo político manifiestan quienes confunden democracia con elecciones, y una confusión de medios y de fines similar a la de los tecnócratas que, en el terreno de la economía, creen que el desarrollo es el objetivo último de toda sociedad.

—Galeano tampoco cree en el barroquismo de la literatura latinoamericana:

—Lo del estilo barroco es un clisé, tan falso como todos los clisés, que alude al lenguaje frondoso. Los fatalistas del estilo quieren convencernos de que el barroco es "el" lenguaje de América Latina, como si hubiera un solo lenguaje posible para un mundo que contiene tantos mundos. Ha de ser por eso que cuanto más pobre es un país, más ostentosa y macarrónica es su literatura, como si a menor cantidad de calorías en la dieta del pueblo correspondiera una mayor cantidad de palabras en la obra de los intelectuales vueltos de espaldas a la realidad.



Eduardo Galeano.

QUITO, Ecuador. 26 de mayo. — "Mala noticia para los ingenieros del horror: la máquina de la muerte produce vida. Cada piecicita luce intacta, en su sitio, se han revisado y aceitado los engranajes, se han seguido al pie de la letra las instrucciones de los técnicos internacionales de mayor experiencia y prestigio. Sin embargo, ahí está aleteando, más viva que nunca, el alma humana. Hombres aislados, torturados, cotidianamente sometidos al tratamiento de la destrucción, responden creando. No tiene la voz rota ni apagado el corazón quien es capaz de decir: "A veces llueve/ y te quiero/ a veces sale el sol/ y te quiero/ la cárcel es a veces/ siempre te quiero". Estos son poemas anónimos. Sus autores están presos en el Penal de la Libertad, que así se llama, por traición al lenguaje, la principal cárcel de presos políticos del Uruguay. Han sido escritos en hojillas de papel de fumar y se han deslizado a través de los barrotes. . . ."

Acababa de leer un artículo de Eduardo Galeano que así comienza y que tituló *La canción de los presos*, cuando me lo encontré aquí, en Quito, participando del encuentro *Pensamiento y cultura de nuestra América*, junto con luminarias latinoamericanas de la altura de Leopoldo Zea.

Galeano habló casi de inmediato de su nueva obra, *Las venas abiertas de América Latina*, definiéndola como: "Una historia de América basada en la electricidad que transmiten algunos instantes", y al comentarle que continuaba igual:

—Es cierto, viejo. El optimismo está intacto. No he perdido nada. . . El pelo nomás —me dice riéndose—.

—Por desgracia, tampoco el Uruguay ha cambiado. . .

—No sé cuándo cambiará. Y, como es la tierra donde nací, es la que más me duele, de todas las que me duelen. Pienso que el Uruguay va a tener que soportar todavía una larga penitencia, que nos espera un camino largo a recorrer. Y que hay que saberlo; hay que enfrentar los plazos largos con dignidad, con paciencia y con coraje. Hay que saber que, cuando es verdadero, ningún proceso de cambio social, político o cultural es un paseo de fin de semana; implica un compromiso de la vida entera y no se hace para ganar, se hace porque esa lucha vale la pena. Pienso que en el Uruguay no hay salidas a corto plazo, tengo la impresión de que nos queda mucho todavía.